



Ciencia Ergo Sum

ISSN: 1405-0269

ciencia.ergosum@yahoo.com.mx

Universidad Autónoma del Estado de México

México

Quintana Tejera, Luis

Ariadna

Ciencia Ergo Sum, vol. 12, núm. 3, noviembre-febrero, 2005, pp. 335-336

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10412317>

- [Cómo citar el artículo](#)
- [Número completo](#)
- [Más información del artículo](#)
- [Página de la revista en redalyc.org](#)

 redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



* Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México.
Correo electrónico:
qluis11@hotmail.com
Teléfonos: (722) 213 14 07 y 213 15 33

Ariadna

Luis Quintana Tejera*

He recorrido los laberintos
infinitos de tu cuerpo
para tratar de descubrir la esencia
de lo que nos une.
Me asomé al abismo de tu vida
y la sonrisa de los labios que eran míos
golpeó mi conciencia y me gritó
su verdad.

En tus ojos, Ariadna, he leído historias increíbles que muchas veces pasaron sin dejar huellas y otras se llevaron con ímpetu cruel una pasión que había guardado celosamente día tras día.

Vi la mano que estirada al viento de otoño se despedía de quien no volvería a ver nunca más. Sentí en esos mismos ojos tuyos de qué manera mi corazón iba acostumbrándose a no nombrarte. Y no fui yo quien cortó ese hilo santo y pagano que a través de los tiempos que corren ha venido uniéndonos diariamente.

He tenido la ilusión efímera de volver a tocar en tu puerta, pero al intentarlo me he dado cuenta de que tú ya no estabas allí; o, al menos, no te hallabas dispuesta para mí. Fueron tantos y tantos los amores que se repitieron en mi alma cansada y fueron tantas búsquedas equívocas y fugaces, que llegué a pensar que la magia de tu guía eterna ya no estaba.

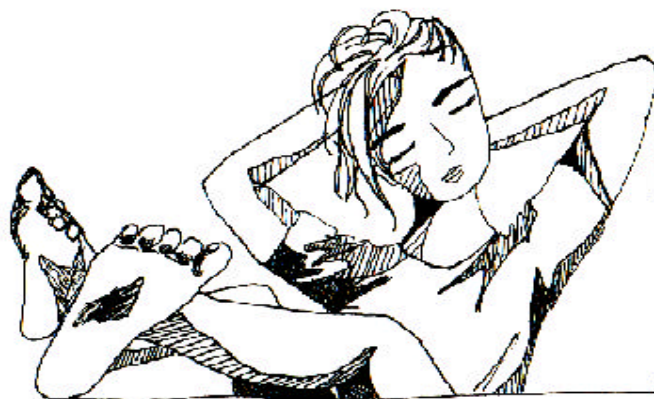
Felizmente me equivoqué, porque tú, Ariadna de mis recuerdos más dulces y de mis llantos más severos, me enseñaste a creer en la eternidad de cada instante. Me adoctrinaste para que supiera vivir a pesar de tantos tropiezos. Y no fueron doce las caídas, sino miles y miles, incontables. Y en cada

ruptura yo me sentía perdido irremediablemente en el laberinto¹ de mi soledad y sufría por el horror de encontrarme cara a cara con mi Asterión² temido. Y no porque no supiera derrotarlo, sino porque después de hacerlo, ¿dónde hallaría refugio mi espíritu desesperado? Cumplida la misión, sólo querría retornar a tus brazos. Y ese hilo que a través de la distancia nos unía separándonos se volvía cruelmente invisible y no se dejaba ver por mis ojos que lo buscaban en medio de las sombras.

Pronto comprendí que lo invisible renace a veces con mayor fuerza; y después de una sangrienta caída me levantaba para volver tras de ti. Y estaba así condenado a los brazos de muchas Ariadnas que me recibían con la esperanza de vencer en mí al minotauro repetido de la historia jamás contada por lengua alguna.

Al comienzo todo se parecía; eran enormes estrellas que fulguraban a lo lejos; guías de luces que me mostraban el camino y me llevaban

1. Posee una significación simbólica aparte de la alusión contextual implícita con la cual se hace referencia al enorme laberinto de la existencia humana.
2. Es el nombre del minotauro, ser fabuloso que habitaba el laberinto de Creta. Era hijo de Pasífae y un toro sagrado. Su complexión era mitad toro y mitad hombre. A él debe destruir Teseo.



al encuentro del cruel enemigo, para que vencéndolo, venciera mis temores. Pero cuando estaba a punto de lograrlo, la esperanza quebraba su lanza en lo más profundo de mi alma y no me permitía concluir la tarea apenas empezada. Asterión se burlaba de mí, y aunque cien veces clavara mi espada en su corazón atormentado, cien veces renacía para gritarme despiadadamente que los dos estábamos solos y que únicamente nos diferenciaba la herida esperanza del espíritu cansado que era el mío y el terrible consuelo de ya no tener que aguardar porque nada estaba en su futuro.

Quinientas veces le grité que no era cierto y lo dejé solo con su soledad. Yo reiniciaba así el camino de la cuerda extendida hacia el futuro, y al llegar no era tu rostro el que me aguardaba. No eran tus ojos ni tu boca de dientes organizados y perfectos. Era otra cara que me miraba con profunda dulzura y que me ofrecía reiterar el vano esfuerzo para tratar de hallar, ahora sí, lo imposible.

Pero era en tus ojos, Ariadna, donde había leído leyendas imposibles; en los tuyos y no en esos ajenos espejismos que nada me darían. Mientras

Asterión esperaba mi nueva acometida, yo me retorcí por el dolor de la ausencia. Cual nuevo y lamentable Teseo³, ya no sabía cumplir con el destino de los dioses y poco a poco me dejaba morir entre tus brazos.

También pensé junto con el triste minotauro que muriendo alcanzaría mi redención. Y él fue quien me lo dijo la última vez que me vio llorar ante sus cascos. Él me recordó que el destino del hombre no es fácil en esta tierra de desdichas, en este auténtico valle de lágrimas.

Y, ¿podrás creerlo, Ariadna?, el minotauro me devolvió la esperanza y me enseñó a morir poco a poco. Me mostró el camino que conduce a la tierra donde nadie habita. Me llevó de la mano al hallazgo cruel que en otros momentos le permitió a Odiseo esconderse en el anonimato de un pronombre. Nadie, nadie. Sólo el silencio universal que cobija al hombre cansado de buscar.

Y yo no me engañaba, no. Tan sólo me rendía al placer de volver a pensar en tí. Porque como tu cabeza no hubo otra igual; como tus manos nada semejante aparecía en ese universo desolado donde un alma buscaba y otra se ocultaba únicamente por el afán de

jugar a creer que nada es posible en este mundo sin tus alegrías.

Y un día llegó la hora. Era el momento anunciado por pitonisas y reyes. Rendí ante mi arma despiadada al triste minotauro que al morir lo hizo con una sonrisa de piedad. Sus ojos fueron cerrándose poco a poco y nada en él me anunciaba un futuro diferente. Muerta su esperanza, renacido para la vida del recuerdo, dejé al pobre Asterión con una herida mucho más honda que aquella que le ocasionara la muerte. Lo dejé ir con una relativa certeza de que todo volvía a comenzar.

Y seguí tu hilo misterioso, Ariadna. Me guió por pasillos incontables; me mostró las diferentes facetas de tan hondo laberinto; me sumergió en la alegría de la búsqueda y en la certeza de hallarte al final del recorrido. Estuve solo como no lo había estado nunca. Recordaba la intensidad de tus besos apretados y húmedos que ofrecían siempre una boca de plata con alientos infinitos. Recordaba tu misericordia eterna para mi alma cansada. Recordaba el dolor de cada despedida. Y así avanzaba solo, pero seguro; solo, pero consciente del triunfo final que me aguardaba.

Cuando llegué a tí, ese cordón umbilical que nos había unido por meses, años y siglos cansados ya no tenía sentido. Te observé temblorosa y tus ojos no miraban la realidad de mi presencia. Se dirigían en cambio hacia un infinito océano que abría su muralla gris ante tus pies mojados por el agua tibia de la tarde.

Y en tus ojos, Ariadna, donde había leído historias increíbles veía ahora una exhortación que más se parecía a súplica vigorosa que salía de tus labios y que gritaba al viento: "Nunca más". Sólo quise saber si podía retomar ese hilo histórico y volver a empezar la búsqueda imposible. Los ojos de Asterión se iluminaron en el laberinto de mi memoria y en ese momento entendí: "Nunca más".

3. En la mitología griega, hijo de Etra. Se le relaciona frecuentemente con Hércules. Al igual que éste debió realizar una serie de "trabajos" entre los cuales se incluyó el ingreso al laberinto de Creta para encontrar y destruir al minotauro que allí habitaba. Enamorado de Ariadna, hija del rey Minos, se ponen de acuerdo en el modo como el héroe podría salvarse de una muerte segura; para esto la joven le da un ovillo de lana que debía desenrollar cuando avanzase por los pasadizos del laberinto. Así lo hizo y cumplida su tarea, regresó feliz a los brazos de su amada gracias al hilo conductor que lo guió.